

mirando tan pronto al suelo como al afligido; aspirando a plenos pulmones el aire y dejándole salir luego lentamente por los labios.

Cuando el cortejo hubo pasado del lugar en donde yo me hallaba, distinguí entre las hileras de soldados la espalda del prisionero. Era algo como abigarrado, mojado, de un color rojo no natural; no podía yo creer que fuera un cuerpo humano. «¡Oh, gran Dios!» balbucía a mi lado el herrero.

Seguía alejándose la comitiva y de ambos lados continuaban cayendo palos contra el hombre, el cual tropezaba y se torcía, en tanto que silbaba la flauta y los tambores redoblaban. Y, con el mismo paso seguro, no dejaba de avanzar la elegante persona del coronel, al lado del castigado.

De pronto, detúvose el jefe y, acercándose rápidamente a uno de los soldados, le oí decir, con acento de enojo: «¡Ya te enseñaré yo!... Temes tocarle... ¡Ya te enseñaré yo a tí!...» Y vi que con su mano fuerte y enguantada pegaba en el rostro del soldado horrorizado, anémico, y le pegaba por no haber apaleado éste con fuerza bastante la ensangrentada espalda del tártaro.

—¡Vengan varas frescas!—gritó el coronel; y cuando se volvía, me vió. Fingió no conocerme, frunció malamente las

cejas y apartóse presuroso. Yo estaba tan avergonzado que no sabía adonde mirar, cual si me hubieran sorprendido cometiendo una acción reprobable. Bajé la vista y me retiré precipitadamente.

Por todo el camino resonaban en mis oídos, ya los parches, ya la flauta; ahora las palabras; «¡Hermanos, apiadaos de mí!», ahora la voz firme, irritada, del coronel, al gritar: «¡Ya te enseñaré yo a tí! ¡Ya te enseñaré!» Y llenábase de angustia el corazón, angustia casi física, que me producía náuseas, angustia tal, que hube de detenerme varias veces, presto, según me parecía, a vomitar todo el horror que me causara aquel espectáculo. No recuerdo cómo volví a casa y me acosté; pero, apenas me había dormido, cuando de nuevo vi y oí todo, y salté del lecho.

«Indudablemente, él debe de saber algo que yo ignoro», pensé del coronel. «Si supiera lo que él sabe, comprendería lo que he visto y no me horrorizaría». Mas, por mucho que reflexioné, no conseguí comprender lo que el coronel sabía, y no pude dormirme hasta la noche, y esto después de haber ido a casa de un amigo y haberme embriagado de un modo horroroso.

Pues bien, ¿creéis que deduje que lo que había visto era una mala acción? Nada de eso. «Si se hace semejante cosa

con tal seguridad, si todos lo consideran necesario—pensé—es porque indudablemente saben algo que yo ignoro.» E intenté saberlo. Pero, por más que hice, no pude lograrlo; y como no lo averigüé, no pude ingresar en el servicio militar como antes había proyectado. Y no sólo no he servido en el ejército, sino que tampoco he servido en parte alguna, y, como veis, no he valido para nada.

—Sí, sabemos lo que llama usted no valer para nada—protestó uno de nosotros.—Si usted no ha valido para nada, ¡cuán pocos hombres valdrán para algo!

—¡Oh! ¡Eso son ya tonterías! —dijo Ivan Vassilievitch, despechado.

—Bueno, ¿y el amor?—le preguntamos.

—¿El amor? A partir de aquel día, el amor empezó a disminuir. Cuando ella se quedaba pensativa, con la sonrisa en el rostro, como le sucedía a menudo, yo me acordaba al momento del coronel en el lugar de la paliza, y me sentía molesto. Entonces comencé a demorar cada vez más nuestras entrevistas, y el amor desapareció por completo. Ved, pues, ahí, lo que sucede y varía del todo la vida de un hombre—dijo, para terminar.—Y decís...

\* \* \*

## EL DEMONIO

NOVELA

SAN MATEO, capítulo V, versículos 28, 29 y 30

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE VES"  
Apda. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DEYES"  
I Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

**E**UGENIO IRTENIEFF podía esperar una brillante carrera. Tenía cuanto para ello se necesita: recibió una educación esmeradísima, terminó brillantemente sus estudios en la facultad de derecho de San Petersburgo, y, por su padre, muerto recientemente, estaba relacionado con lo más elevado de la sociedad, tanto, que fué empleado en el ministerio, por la influencia del mismo ministro. Su padre había vivido en el extranjero y en San Petersburgo, y pasaba a cada hijo, a Eugenio y a Andrés, el mayor, oficial de los caballeros guardias, una pensión anual de 6,000 rublos, y él mismo y su esposa gastaban horriblemente. Vera-

neaba dos meses en el campo; pero sin dedicarse a la explotación, de la cual encargaba a su repleto gerente que, a su vez, tampoco se cuidaba de ella apenas, pero en quien tenía plena confianza.

Al morir el padre, cuando los hermanos empezaron a liquidar la herencia, notóse que había tantas deudas que el abogado aconsejó que se quedaran solamente con la propiedad de la abuela, valorada en cien mil rublos, y renunciasen a la herencia. Pero un vecino de campo, propietario también, que tenía relaciones comerciales con Irtenieff, esto es que conservaba un pagaré suyo y que, por esta causa había venido a San Petersburgo, les dió a entender que, a pesar de la deuda, podrían salir adelante y aun rehacer una buena fortuna. Bastaba para ello vender la leña, algunas parcelas de terrenos incultos y quedarse con lo principal, la granja de Semionovskoie, verdadera mina de oro, con sus 4,000 deciatinas de tierra, una refinería y 200 deciatinas de magníficos prados. Mas, para obtener buen resultado, había que dedicarse por completo a la tarea, instalarse en el campo, y dirigir con acierto y economía.

Eugenio se llegó en primavera a la propiedad (el padre había muerto durante la cuaresma), y, tras una inspec-

ción minuciosa, resolvió presentar la dimisión e instalarse con su madre en el campo para mejorar por sí mismo la propiedad principal. Con su hermano, que no era para él lo que se llama un amigo, arreglóse del modo siguiente: se comprometió a pagarle anualmente 4,000 rublos o a darle 80,000 rublos de una vez, con lo cual el hermano había de renunciar a la herencia.

Así se hizo. En cuanto se hubo instalado con su madre en la casa grande, empezó a mejorar, con ardor y prudencia, la granja. Generalmente créese que los ancianos son innovadores. No es esto del todo cierto. Los conservadores son generalmente personas jóvenes, jóvenes que desean vivir, pero que ni piensan ni tienen tiempo de pensar en la forma en que conviene vivir, y que, debido a esto, toman por modelo la vida tal como es.

Lo mismo sucedió a Eugenio. Ahora que vivía en el campo, su sueño, su ideal, era restablecer, no el género de vida de la época de su padre (su padre era mal amo) sino el de la época de su abuelo; y, tanto en la casa como en el jardín y en toda la granja, por supuesto con ciertas modificaciones impuestas por el tiempo, procuraba resucitar el espíritu general de entonces, para ver reinar en derredor suyo la alegría de

todos, el bienestar y el orden. Mucho había que hacer. Era preciso dar satisfacción a las exigencias de los acreedores y del banco, vender para ello tierras y aplazar los vencimientos. Además, había que buscar dinero para dirigir la explotación, ya arrendando la tierra, ya mejorando, con sus propios criados, la granja de Semionovskoe con las 400 deciatinas de tierra labrada y la refinería. La tarea era enorme; pero Eugenio estaba lleno de fuerzas físicas y morales.

Tenía veintiseis años, estatura regular, robusta corpulencia, los músculos desarrollados por la gimnasia; era sanguíneo. Tenía mejillas coloradas, dientes y labios brillantes, cabellos no muy poblados, pero rizados y finos. Su único defecto físico era la miopía, que él mismo había favorecido con los lentes, de los cuales no podía prescindir ya y que le habían dejado profunda huella a ambos lados de la nariz. Eso, en cuanto a lo físico. Moralmente, era tal que cuanto más se le conocía más se le amaba. Siempre fué el favorito de su madre, y, al quedar ésta viuda, no sólo lo dedicó todo su cariño, sino que además concentraba en él toda su vida. Y no era su madre quien únicamente le amaba así, que también le querían y apreciaban sus compañeros de liceo y de universi-

dad. Siempre producía la misma impresión en los extraños. No podía dudarse de su palabra; ni se podía suponerle capaz de duplicidad, de mentira, por la franqueza y honradez de su rostro y de sus ojos.

En general, toda su persona le ayudaba mucho en los negocios; los acreedores tenían confianza en él y le concedían lo que hubieran negado a otro; un empleado, un estarosta o un campesino capaces de cometer cualquier villanía con otro, no se acordaban de engañarle a él, por lo agradable que era estar en relaciones con hombre tan bueno y, sobre todo, tan franco.

Eugenio liquidó en la capital las hipotecas que pesaban sobre sus tierras incultas, y vendió éstas a un comerciante; luego, pidió prestado dinero al mismo individuo, para renovar el alquiler de ganados, es decir, de caballos, bueyes, como también de carros, y, principalmente, para comenzar la necesaria construcción de una aldea. Sus asuntos comenzaban a arreglarse; iba llegando la madera, los carpinteros estaban ya trabajando; llevaron ochenta carretadas de estiércol; mas, no obstante, todo pendía aún de un hilo.

## II

En medio de todas esas preocupaciones, aconteció un suceso que, aunque poco importante, hizo padecer mucho a Eugenio. Toda su juventud había vivido como viven los solteros sanos, es decir que había tenido relaciones con mujeres de todas clases. No era libertino; pero, como él mismo decía, tampoco era fraile. Confesaba haberse divertido cuanto era necesario para la salud física y la libertad de espíritu.

Empezó a los diez y seis años, y hasta entonces, todo fué bien, esto es que no se había dejado llevar al desenfreno, no había tenido arrebatos ni había enfermado nunca. En San Petersburgo, cohabitó primero con una costurera; pero habiendo caído enferma ésta, arreglóse Eugenio de otro modo, y organizó tan bien las cosas en este concepto, que nunca sintió por ello la menor perturbación en su vida.

Pero, a los dos meses de su estancia en el campo, no sabía en modo alguno como componérselas. La continencia involuntaria empezaba a fastidiarle. ¿Tendría que ir a la ciudad para quebran-

tarla? ¿Y a dónde? ¿Cómo? Esto turbaba a Eugenio Ivanovitch, y puesto que reconocía que le era preciso, sentía en efecto la necesidad, le preocupaba y seguía involuntariamente con la vista a todas las jóvenes.

Parecíale mal enredarse en su casa, en el campo, con una mujer o una moza. De oídas sabía que, en este concepto, su padre y su abuelo se distinguieron completamente de los propietarios de su época, y que nunca tuvieron en casa intriga alguna con sus siervas. Eugenio decidió proceder de igual manera. Pero, luego, sintiéndose cada vez más inquieto, representándose además con horror cuanto pudiera sucederle y pensando finalmente que ya no había siervas, juzgó que allí podría procurarse una mujer lo mismo que en cualquier otro sitio; pero de modo que nadie lo supiera y atendiendo únicamente a la salud, como él decía, que no por libertinaje. Decidido esto, sintió aún mayor desasosiego, y cuando hablaba con el estarosta o con los aldeanos o los carpinteros, hacía recaer, a pesar suyo, la conversación sobre las mujeres, y si se sostenía, prolongábala gustoso. En cuanto a las mujeres, las miraba cada vez más atentamente.

## III

Pero una cosa es tomar una resolución, y otra llegar a ejecutarla. Hablar personalmente a una mujer era imposible; ¿a cuál? ¿y dónde? Había que proceder valiéndose de alguien; pero ¿de quién?

Una vez, entró a beber en casa del guardabosque, que era antiguo cazador de su padre. Eugenio Irtenieff empezó a hablar con él. Contóle el guardia cosas viejas de orgías y cacerías, y de pronto, Eugenio Irtenieff pensó que convendría arreglar algo allí, en aquella cabaña de guarda, en medio de la selva. Pero no sabía como tomaría la cosa el viejo Danilo. «Quizá se indigne ante semejante proposición, y me avergonzaré... Mas acaso consienta fácilmente.» Así pensó al oír al viejo Danilo. Este le contaba cómo llevó una mujer a Prianitchnikoff.—«Puede uno aventurarse» pensó Eugenio.—«Su señor padre, que santa gloria haya, no se cuidaba de esas tonterías...»—«No se puede» dijo para sí Eugenio. Pero, para tantear el terreno, preguntó:—«Entonces, cómo te ocupabas tú en cosas tan

feas?»—«¡Bah! ¿Qué mal hay en ello? La mujer estaba contenta y lo mismo Fedor Zakaritch, que me daba un rublo. No puede hacerse de otra manera. Después de todo, es un sér que vive, bebe vino...»—«Sí, se le puede hablar,» pensó Eugenio, y al momento, comenzó:—«Mira, Danilo—sentía que se le sonrojaban hasta las orejas,—¡no puedo más!» Danilo sonrió.—«Al fin y al cabo, no soy un fraile; tengo costumbres...» Notaba que sus palabras eran necias, pero estaba contento porque Danilo aprobaba.

—¡Tiempo ha que hubiera usted debido decírmelo! Es fácil de hacer; basta que indique usted cuál desea.

—¡Oh! poco importa; cualquiera, con tal de que no sea muy fea y siempre que goce de buena salud.

—Entendido—dijo Danilo.—¡Oh! Tengo buena caza.—Eugenio volvió a sonrojarse.—Lindísima, casada desde el otoño nada más.

Danilo balbució algunas palabras a Eugenio, quien avergonzado, frunció las cejas.

—No, no; no es eso lo que necesito. Prefiero lo contrario (¿de qué contrario podría tratarse?)—Necesito todo lo contrario; que tenga buena salud y menos historia; una mujer de soldado o algo por el estilo.

—Entendido. Le conviene a usted Stepanida. Su marido trabaja en la capital; es igual que una mujer de soldado, y es muy bella, muy limpia: quedará usted contento. Ya el otro día le dije: Ven; y ella...

—¿Conque cuándo?

—Mañana mismo, si usted quiere. Iré a comprar tabaco, y pasará por delante de casa de ella. Venga usted mañana aquí, o a la huerta, junto al baño, al mediodía, pues a esa hora no hay nadie, porque después de comer, todos duermen la siesta.

—Está bien.

Extraordinaria emoción se apoderó de Eugenio cuando volvió a casa. ¿Qué resultaría de esto? ¿Qué es una aldeana? ¿Una criatura odiosa, repugnante? «No; las aldeanas son bastante bonitas» — pensó, recordando las que habían atraído sus miradas. «¿Qué diré? ¿Qué haré?»

Estuvo preocupado todo el día. Al día siguiente, al mediodía, fué a casa del guarda. Danilo estaba en la puerta, y sin decir nada, dándose importancia, señaló con la cabeza hacia el bosque. Al corazón de Eugenio afluyó la sangre. Encaminóse al huerto. Nadie había. Acercóse al baño. Nadie. Escrutó los alrededores e iba ya a retirarse, cuando de pronto oyó el crujido de una rama al romperse. Se volvió. La mujer

estaba en el bosquete, separada de él por una zanja. Saltó Eugenio la zanja. Le picó una ortiga que él no había visto; cayéronle los lentes; pero al fin se halló al otro lado. Una mujer fresca, bella, con camisola blanca, falda encarnada y una toquilla colorada en la cabeza, y descalza, estaba allí y sonreía tímidamente.

—Mejor será que pase usted por esa vereda—dijo ella.

Acercósele Eugenio, y después de echar una mirada en torno suyo, la abrazó. Separáronse un cuarto de hora después. Eugenio encontró los lentes, fué a casa de Danilo, y al preguntarle éste:—¿Está usted satisfecho, señorito? —le dió Eugenio un rublo, y prosiguió el camino de su casa. Estaba contento. Al principio no había sentido más que vergüenza; mas esto pasó pronto y hallóse muy bien. Lo mejor es que ya se sentía ligero, tranquilo, animado. A ella, ni siquiera la había visto muy bien. Se acordaba de que era muy limpia, lozana, no fea y nada remilgada. «¿Quién es?» se preguntó a sí mismo. Llamábase Petchinikoff; pero había dos familias de ese apellido. «Probablemente será la nuera del viejo Mikhail. Sí, no cabe duda. Su hijo trabaja en Moscou. Se lo preguntaré a Danilo.»

Desde entonces, desapareció aquel



fastidio, importante antes, de la vida de campo, la continencia involuntaria; y Eugenio, exento de esta inquietud, podía cuidarse de sus negocios, con la imaginación libre. No era fácil la tarea que Eugenio asumiera. A veces le parecía que le faltarían las fuerzas necesarias para llevarla con bien, que se vería obligado a vender la granja y quedaría perdido todo su trabajo. Lo que más le atristaba en tales conjeturas era no haber podido terminar la labor emprendida. He ahí lo que más le atormentaba. Apenas conseguía tapar un hueco de modo cualquiera, abríase otro de manera absolutamente imprevista.

Al mismo tiempo, cada día recibía la sorpresa de nuevas deudas de su padre, desconocidas hasta entonces. Era indudable que, en los últimos tiempos, el padre recibió préstamos en cuantos sitios podía. Al repartir la herencia, creyó Eugenio tener conocimiento de todas las deudas; mas de pronto, a mediados del verano, enteráronle por carta de que existía aún una deuda de doce mil rublos a la viuda de Essipoff. No había pagaré, sino un simple recibo, muy contestable, según el abogado. Pero Eugenio no podía concebir siquiera la idea de negar el pago de una deuda de su padre por el solo hecho de que el documento se prestase a discusión. No

quiso más que saber si realmente se trataba de una deuda.

—¿Quién es esa Essipoff, mamá, Valeria Vladimirovna Essipoff?—preguntó a su madre, durante la comida.

—¿Essipoff?... Pues es la pupila del abuelo... ¿Por qué lo preguntas?

Eugenio explicó a su madre de qué se trataba.

—¡Y no tiene vergüenza! ¡Le ha dado tanto dinero tu padre!

—Pero ¿no le debía algo?

—Es decir... ¿Cómo me expresaría yo?... No es deuda... Tu padre, cuya bondad era infinita...

—Sí, sí; pero ¿consideraba eso mi padre como una deuda?

—No sé decírtelo. Lo ignoro. Sé que tienes ya hartito trabajo sin eso...

Eugenio notaba que María Paulovna no sabía ella misma lo que decir.

—De todo eso deduzco que hay que pagar—dijo Eugenio.—Mañana iré a verla y le preguntaré si puede obtenerse un plazo.

—¡Te compadezco! Pero más vale así. Dile que espere—aconsejó María Paulovna, evidentemente tranquila y orgullosa de la decisión de su hijo.

También se hacía difícil la situación de Eugenio por el hecho de que su madre, que vivía con él, no le comprendía. Toda su vida la había pasado ella en

tal abundancia que no podía imaginar la situación en que se hallaba su hijo, situación tal, que, el día menos pensado, podían encontrarse sin nada, obligados a venderlo todo, sin tener para vivir ambos más que el sueldo de Eugenio, que llegaría a lo sumo a dos mil rublos. La madre no comprendía que para salir de aquella situación era preciso disminuir los gastos en todo, y extrañábase ver a Eugenio economizar en los jardineros, los cocheros y hasta en los gastos de mesa.

Además, como la mayoría de las viudas, tenía para la memoria de su difunto esposo un sentimiento de adoración que excedía considerablemente de cuanto por él sintió cuando estaba vivo, y ni tan solo admitía la idea de que pudiera estar mal hecho o ser modificado lo que su marido hizo.

Con grandes dificultades, Eugenio conservaba con dos jardineros el invernadero y el jardín, y tenía solamente dos cocheros para la cuadra; pero, por el mero hecho de no quejarse de los guisos condimentados por el viejo cocinero, ni de que las alamedas del jardín no estaban cuidadosamente roturadas, ni de tener un solo lacayo en vez de criados, creía ingenuamente María Paulovna hacer cuanto puede hacer una madre que se sacrifica por su hijo.

Asimismo, en aquella nueva deuda, en la que Eugenio descubría un golpe que podía arruinar completamente todas sus empresas, María Paulovna no veía sino la ocasión que se presentaba para que Eugenio demostrase su generosidad. Había también otra consideración por la cual María Paulovna se preocupaba poco de la situación material de Eugenio, y era la seguridad de que él hiciera una buena boda que lo arreglase todo. Y podía hacer una boda de las más brillantes. La madre conocía unas diez familias que le hubieran dado gustosas sus hijas; y deseaba arreglar esto lo antes posible.

## IV

Eugenio, a su vez, pensaba en el matrimonio; pero no como su madre. Repugnábale la idea de casarse para arreglar sus negocios. Quería casarse honradamente, por amor, y examinaba las jóvenes a quienes conocía o veía, las comparaba entre sí; mas no se decidía.

Entretanto, continuaban sus relaciones con Stepanida, cosa que él no se esperaba, y hasta tomaron caracteres de algo estable. Después de su primera

entrevista, figurábase Eugenio no volver a ver a Stepanida; pero al cabo de algún tiempo, sintió de nuevo una inquietud cuya causa determinó; inquietud que no era ya impersonal, sino que evocaba precisamente aquellos ojos brillantes, la misma voz grave, el mismo olor de criatura fresca y robusta, el mismo pecho turgente que levantaba la camisola, y todo ello en el bosque de plátanos y nogales inundado de sol.

A pesar de la vergüenza que sintió, llegóse otra vez a Danilo. Y volvió a señalarse la cita para el mediodía, en el bosque. Aquella vez Eugenio la examinó más, y todo le pareció en ella atractivo. Procuró conversar con ella, hablarle de su marido. Este era, efectivamente, hijo de Mikhail, y trabajaba de cochero en Moscou.

—Bueno... ¿y cómo es que tú?...—Eugenio quería preguntarle por qué engañaba al marido.

—¿Qué? ¿Cómo?—preguntó la joven. Indudablemente era lista.

—Sí... ¿Cómo es que vienes conmigo?

—¡Ah!—exclamó ella alegremente.—Supongo que él no se privará allí. En consecuencia ¿por qué no he de hacer yo lo mismo?

Vefase que ella se afanaba por hacer gala de audacia y descaro, lo cual pareció muy grato a Eugenio. Sin em-

bargo, éste no le dió cita; y aun cuando ella le propuso verse sin que interviniera Danilo, quien, sin que se sepa por qué, no parecía gustarle mucho, Eugenio no aceptó. Esperaba que aquella cita fuese la última. Ella le agradaba. Él creía que semejantes relaciones le eran necesarias y que nada tenían de malo. No obstante, en el fondo de su alma, un juez más severo las desaprobaba, y Eugenio confiaba en que aquella sería la última vez. Y si no lo creía así, por lo menos no quería tener premeditación y preparar previamente una nueva cita.

Así transcurrió todo el estío, durante el cual se vieron diez veces y siempre por mediación de Danilo. Una vez, no pudo acudir ella, porque su marido acababa de llegar, Danilo propuso a otra mujer, proposición que Eugenio rechazó con repugnancia. Luego se marchó el marido y las entrevistas continuaron como antes, al principio por mediación de Danilo, y, al fin, el mismo Eugenio fijaba el día, y ella acudía acompañada de otra mujer, una tal Prokhorova, ya que una mujer no debe ir sola.

Cierto día, en el preciso momento de la cita, visitó a María Paulovna la familia de una joven con quien aquella deseaba casar a su hijo, y a Eugenio le fué imposible salir. En cuanto pudo lar-

garse, fingió ir al hórreo y, tomando una vereda, corrió al bosque, al punto de la cita. No se hallaba allí Stepanida; pero, en el sitio de costumbre, veíase roto cuanto estaba al alcance de la mano: avellanos, cornejos y hasta plátanos tiernos.

Stepanida le había esperado y nerviosa y enfadada, rompió todo aquello para que él se acordara. Eugenio permaneció allí un rato; fué luego a casa de Danilo y le encargó que la hiciera venir al día siguiente. Stepanida acudió con exactitud y pasó lo de siempre.

Así transcurrió el verano. Las entrevistas efectuábanse siempre en el bosque y, sólo una vez, al acercarse el otoño, en la troj cercana a la casa.

Ni siquiera pasaba por la imaginación de Eugenio la idea de que esas relaciones pudieran tener para él alguna importancia. En cuanto a ella, ni tan sólo pensaba. Dábale dinero, y nada más. Eugenio no sabía ni imaginaba que todo el pueblo estaba al corriente de sus relaciones, que la envidiaban, que le sacaban dinero, que la animaban ni que, por la influencia del dinero y de los consejos de sus padres, desvanecíase por completo la idea del pecado. Antojábasele que, si las gentes la envidiaban, era señal de que lo que ella hacía estaba bien hecho,

«Es necesario, simplemente por la salud», pensaba Eugenio. «Admitamos que no esté bien... y aunque nadie diga nada, todo el mundo debe de saberlo... Por de pronto, la mujer que la acompaña lo sabe... y sabiéndolo, lo habrá contado seguramente a otros. No, procedo mal—pensaba Eugenio; pero ¿qué se le va a hacer? No durará esto mucho.»

Lo que más estorbaba a Eugenio era el marido. Primeramente, sin saber por qué, habíase figurado que el marido sería feísimo, lo cual parecía justificar algo su conducta. Mas vió luego al marido y quedó asombrado: era un hombre guapo, elegante, y seguramente no era peor que él, sino mucho mejor. En la primera cita que tuvieron después de esto, Eugenio le dijo que había visto a su esposo y admirado lo bello que era.

—¡No tiene igual en todo el pueblo!—respondió con orgullo Stepanida.

Esto extrañó a Eugenio; y dejó de atormentarle el pensar en el marido. Una vez que estaba en casa de Danilo, éste le dijo llanamente, en el curso de la conversación:

—El otro día me ha preguntado Mikhail si era cierto que el amo sostenía relaciones con su mujer. Le contesté que yo nada sabía.—¡Bah!—me dijo.—¡Después de todo, vale más que sea con un señor que con un labriego!

—¿Y qué más dijo?

—Nada. Es decir, añadió: «Ya sabré la verdad y le haré ver...»

«Si vuelve el marido, la dejaré.» Pero el marido se quedaba en la capital, y sus relaciones seguían. «Cuando llegue el momento, romperé, y todo acabará» pensó. Y en esto le pareció indiscutible, tanto más, cuanto que aquel verano estuvo ocupado en varias cosas: la construcción de un nuevo caserío, la recolección, algunos edificios y, principalmente el pago de la deuda y la venta de una parte de terrenos. Todas estas cosas le absorbían del todo y pensaba en ellas desde que amanecía hasta que se acostaba. Todo ello constituía la vida, la verdadera vida, en tanto que sus relaciones (ni siquiera llamaba a aquello enlace) con Stepanida carecían de importancia. Verdad es que cuando se le presentaba el deseo de verla, era con tal violencia que no podía pensar en ninguna otra cosa; pero esto duraba poco: una cita, y de nuevo la olvidaba por unas semanas y, a las veces, por un mes.

Llegado el otoño, Eugenio fué con frecuencia a la capital, y en ella conoció a la familia de Annensky. En esa familia había una joven recién salida del colegio, y, con gran pena de María Paulovna, sucedió que, según su propia

expresión, Eugenio se vendió barato. Enamoricóse de Lisa y pidió su mano. A partir de ese momento cesaron sus relaciones con Stepanida.

V

¿Por qué eligió Eugenio a Lisa Annensky? No podría explicarse, como tampoco puede explicar el porqué un hombre escoge a una mujer más bien que a otra. Para ello había multitud de razones positivas y negativas. Una de ellas es que no era Lisa el buen partido en que la madre de Eugenio soñaba para éste; que era cándida y emocionante en sus relaciones con su madre, que, sin ser fea, no era una de esas bellezas que llaman la atención; y la causa principal, es que Eugenio la conoció en el preciso momento en que empezaba a estar maduro para el matrimonio. Al principio, Lisa Annensky no hizo más que gustar a Eugenio; pero, al decidirse éste a hacerla su esposa, experimentó hacia ella un sentimiento mucho más vivo y comprendió que estaba enamorado. Lisa era alta, delgada, larga. Todo era largo en ella: la cara, la nariz, que sin ser prominente se prolongaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

por el rostro; largos, también, los pies y las manos. Tenía cutis fina, blanca, con algunas pecas y un ligero tinte rosado. Eran sus cabellos rubios, largos, sedosos y rizados; los ojos hermosos, claros, dulces y confiados. Los ojos llamaron particularmente la atención a Eugenio, y al pensar en Lisa, recordaba siempre sus ojos límpidos, confiados y tiernos.

Eso en cuanto a lo físico. Moralmente, nada sabía de ella; no veía más que sus ojos, los cuales parecían decirle cuanto necesitaba saber. Desde los quince años, cuando se hallaba aún en el colegio, Lisa se enamoraba de todos los hombres que tuvieran algún atractivo. Sólo se la veía animada y contenta cuando estaba enamorada. Al salir del colegio, continuó enamorándose de cuantos jóvenes veía y, como es natural, enamoróse de Eugenio así que lo hubo conocido. Ese estado apasionado era lo que daba a sus ojos la particular expresión que seducía a Eugenio.

Aquel mismo invierno, amaba a la vez a dos jóvenes, y turbábase y se sonrojaba, no sólo cuando entraban en el cuarto donde ella se hallara, sino también cuando oía pronunciar sus nombres. Pero, así que su madre le dió a entender que Irtenieff llevaba intenciones formales, su amor por él creció en

tales proporciones, que Lisa se tornó casi indiferente para con los otros dos; y cuando Irtenieff empezó a visitarla, cuando en los bailes y reuniones bailaba con ella más que con otras y que se veía que sólo quería saber si era amado, Lisa se apasionó por él de manera casi enfermiza. Veíale en sueños y hasta creía verle en realidad, al hallarse ella en sitio obscuro; y ya no existió para ella ningún otro sér. Inmediatamente después de la petición en matrimonio y de la bendición de los padres, cuando se besaron y fueron prometidos, un sólo pensamiento y un deseo única substituyeron en ella a todos los demás pensamientos y deseos: estar con él, amarle y ser amada. Estaba orgullosa de él; enterneciase por él y por sí misma y su ternura para consigo inducía a pasarse de amor por él. En cuanto a Eugenio, cuando más la conocía más la amaba. No esperaba hallar semejante amor, y aquella pasión aumentaba aún su sentimiento.

## VI

Antes de primavera fué a Semionovskoe para ver su finca, dar órdenes y, principalmente, para preparar la

casa adonde debía instalarse de recién casado.

María Paulovna estaba descontenta de la elección de su hijo, y esto era debido no sólo a no ser aquella la brillante boda a que hubiera debido aspirar, sino también a que no le agradaba la futura suegra de su hijo. Ignoraba si aquélla era buena o mala, y no se preocupaba de ello; pero, en su primera entrevista, María Paulovna había notado que aquélla no era mujer distinguida, no era una *lady*, como ella decía, y esto la apenaba. Apenábala porque apreciaba por costumbre la distinción, y sabiendo que Eugenio era muy sensible respecto de este punto, temía que él tuviera que padecer por esto. La joven sí le agradaba. Y le agradaba, principalmente porque gustaba a Eugenio. Había que resignarse, pues, a amarla, y a ello estaba dispuesta muy sinceramente María Paulovna.

Eugenio vió a su madre feliz, contenta. Lo estaba arreglando todo en casa y preparábase ella misma a marcharse en cuanto Eugenio trajese a su mujer. Él la suplicó que se quedase y la cosa permaneció en suspenso.

Por la tarde, después del té, María Paulovna, hizo, como de costumbre, un solitario. Eugenio, sentado junto a ella, la ayudaba a sacarlo. Era la hora de

las conversaciones íntimas. Terminado un solitario, y sin empezar otro, María Paulovna miró a Eugenio y, algo titubeante, empezó a hablar así:

—He aquí lo que deseaba decirte, Eugenio. Fácil es que no entienda yo de esto; pero, en general, aconsejo que antes de casarse, hay que acabar totalmente con todas las aventuras de soltero, a fin de que ni tu ni (¡líbrenos Dios!) tu mujer, podáis ser molestados más adelante. ¿Me entiendes?

En efecto, Eugenio comprendió al momento que María Paulovna aludía a sus relaciones con Stepanaida, rotas desde el otoño, y que, como la mayoría de las mujeres que viven solas, atribuía a esas relaciones mucha más importancia de la que tenían. Sonrojóse Eugenio, más que de vergüenza, de despecho al ver a la buena María Paulovna inmiscuirse en cosas que no comprendía ni podía comprender. Aseguró que nada pudiera ser obstáculo a su boda.

—Está muy bien, hijo mío. No te ofendas, Eugenio—dijo, confusa, María Paulovna.

Pero Eugenio notó que su madre no había concluido ni dicho lo que quería decir. Así era, efectivamente. Poco después, empezó a decirle que, durante su ausencia, la habían solicitado para ser madrina de un niño... los Petchnikoff.

Eugenio volvió a ponerse colorada; pero no ya de despecho ni vergüenza, sino por un sentimiento extraño, por conocer la importancia de lo que iban a decirle, por la conciencia de algo enteramente en desacuerdo con todos sus razonamientos. En efecto, sucedió lo que él presentía. María Paulovna contó, al parecer sin doble intención, que aquel año casi no nacían más que varones, y que probablemente, eso sería señal de guerra. El primer hijo de los Vassine y de los Petchnikoff era también varón. María Paulovna quería decir eso sin parecer aborarlo; pero avergonzóse a su vez, al ver lo colorado del rostro de su hijo, sus movimientos nerviosos con los lentes y su apresuramiento para encender un cigarrillo. María calló. Eugenio no supo cómo romper el silencio, y ambos quedaron convencidos de haberse comprendido.

—Sí, en el campo, lo principal es la justicia, para que no haya favoritos como en casa de tu tío.

—¡Mamá!—exclamó de pronto Eugenio.—Ya sé por qué lo dices. Pero es inútil. Mi futura vida de familia es para mí cosa sagrada, contra la cual nunca atentaré. Todo cuanto ha habido en mi vida de soltero acabó ya; jamás tuve ninguna unión duradera, y nadie tiene derecho alguno sobre mí.

—Está bien; me alegro mucho—dijo la madre.—Conozco tus nobles sentimientos.

Eugenio aceptó como tributo merecido las palabras de su madre y calló.

A la mañana siguiente marchó a la ciudad. Pensaba en su prometida, en todo menos en Stepanida. Pero, cual si fuera expresamente para recordársela, al acercarse a la iglesia, vió que de ella volvían gentes a pie y en coche. Estaban entre ellas el viejo Mateo con Semén; había también niños y niñas, dos mujeres, una ya de edad, la otra elegante, con pañoleta de color rojo muy vivo, y le pareció conocerla. La joven caminaba con paso ligero, seguro, y llevaba en brazos un niño. Cuando Eugenio llegó a la altura de ellas, la mayor de las mujeres le saludó como antaño, parándose; la joven que llevaba el niño limitóse a inclinar la cabeza, y, de debajo la pañoleta, claváronse en Eugenio dos ojos alegres, risueños que le eran conocidos. «Sí, ella es; pero todo acabó; no merece la pena mirarla. ¿Y el niño?... Acaso sea mío—pensó.—No; es tonto pensarlo... Ahí está el marido».

Estaba plenamente convencido que aquello no había sido para él sino cosa de salud; que, puesto que había pagado con dinero, nada más debía; que entre ella y él no había lazo alguno ni podía



haberlo. Y no era que ahogase él la voz de la conciencia, sino simplemente que nada le decía la conciencia. Después de la conversación con su madre y de ese encuentro, no volvió a pensar en Stepanida ni a verla.

Pasadas las Pascuas, celebróse en la capital la boda, y acto seguido Eugenio fué con su mujer al campo. La casa estaba arreglada como suelen arreglarse las casas para los recién casados. María Paulovna quiso marcharse; pero Eugenio y sobre todo Lisa, la rogaron que permaneciese allí. Se quedó, pero instalóse en el pabellón.

Así comenzó para Eugenio una nueva vida.

## VII

El primer año de matrimonio era muy dificultoso para Eugenio, porque los asuntos que durante su noviazgo había aplazado, llegaban ahora todos juntos; y veíase precisado a reconocer que le era imposible salir completamente de sus deudas. Se vendió parte de la propiedad para pagar las trampas más urgentes; pero había otras, y faltaba dinero. La granja producía buenos rendimientos;

pero había que enviar parte al hermano; además, la boda originó gastos, de modo que escaseaba el dinero, y hasta hubo que suspender el funcionamiento de la refinería. Sólo había un medio de salir de apuros: acudir al dinero de la mujer. Y así lo exigió Lisa al comprender la situación de su esposo. Eugenio consintió; pero a condición de poner la mitad de la finca a nombre de su mujer, por un acta de venta. Y así lo hizo, por supuesto no por su esposa, que se ofendió, sino por su suegra.

La crítica situación de sus negocios fué una de las cosas que emponzoñaron la vida de Eugenio durante aquel primer año. La otra fué la enfermedad de su mujer. Aquel mismo año, en otoño, a los siete meses de matrimonio, sucedió a Lisa un accidente. Había salido en un carro al encuentro de su marido, que volvía de la población. El caballo, que era muy manso, empezó a hacer piruetas. Asustóse Lisa y se tiró del carro. La caída fué relativamente afortunada; Lisa pudo asirse a una rueda; pero hallábase en cinta y, por la noche, tuvo dolores y abortó. Tardó mucho en reponerse.

La pérdida del hijo esperado, la enfermedad de la esposa y las complicaciones materiales que de ahí resultaron, especialmente la presencia de la sue-

gra, que acudió para cuidar a Lisa, todo eso contribuyó a que aquel año fuese aun más penoso para Eugenio.

Sin embargo, a pesar de tan triste circunstancia, al terminar el primer año sintióse Eugenio muy bien. Ante todo, comenzaba a realizarse la idea de renovar la vida de su abuelo bajo nuevas formas, si bien se realizaba lentamente y de distinto modo. Ya no podía venderse toda la propiedad para pagar deudas. La finca principal, puesta a nombre de la mujer, estaba salvada; y con una buena cosecha de remolacha vendida a buen precio tenían ya asegurado el año siguiente para vivir con desahogo, en vez de la situación precaria del año anterior. Esto, era una cosa.

La otra era que Eugenio halló en su mujer lo que no esperaba hallar en ella, y eso que había esperado hallar mucho. Pero halló más de cuanto esperaba. No era la ternura, el entusiasmo apasionado, aunque él intentaba provocarlos; no, no era eso: era otra cosa muy distinta, que no sólo le hacía la vida más alegre y agradable, sino que se la hacía también mucho más fácil. Eugenio no sabía a qué atribuirlo; pero así era. Y era así, porque Lisa, inmediatamente después de sus esponsales, reconoció que de todos los hombres. Eugenio Irtenieff era el mejor, el más inteligente, el más

puro, el más noble, y que, por consiguiente, todos tenían el deber de hacer lo posible por complacer a Irtenieff; pero como no podía obligarse a todo el mundo a proceder así, a ella le tocaba emplear con ese objeto todas sus fuerzas. Y así lo hacía. Dedicaba todas sus fuerzas morales a adivinar sus gustos y deseos, y a satisfacerlos luego, por difícil que fuese. Había en ella lo que constituye el principal encanto del comercio con la mujer amante. Gracias al amor de su marido, sabía leer en su alma. Sentía—mejor que él mismo, según parecía a Eugenio—su estado de ánimo, el menor matiz de sus sentimientos, y obraba en consecuencia. Por esa razón es por lo que nunca lastimaba sus sentimientos, sino que suavizaba siempre las impresiones penosas y amplificaba las alegres. Y no sólo comprendía ella sus sentimientos, sino también sus pensamientos. Las cosas que le eran más extrañas: la agricultura, la refinera, la apreciación de las gentes, volvíanse de pronto accesibles, y sabía ser para él interlocutora y hasta, a veces, consejera útil e insustituible. Todas las cosas, las gentes todas y todo en el mundo lo miraba ella con los ojos de su marido. Amaba a su madre; pero, habiendo notado que su intervención en la vida del matrimonio desagradaba a Eu-

genio, colocóse en seguida al lado de su esposo, tan resueltamente que éste mismo tuvo que moderarla.

A más de esto, Lisa tenía muy buen gusto, mucho tacto y gran dulzura. Todo cuanto ella hacía se efectuaba sin que se notase; no se veía sino los resultados; y en todo aportaba ella limpieza, orden y elegancia. Al momento comprendió Lisa el ideal de su marido y se afanó por obtenerlo, y en el arreglo de la casa, había realizado exactamente lo que a él le gustaba. Carecían de hijos; pero tenían esperanza. Durante el invierno, fueron a San Petersburgo para consultar a un especialista, quien les afirmó que Lisa estaba muy bien y podía tener hijos.

Y se realizó ese deseo: a fin de año, Lisa se hallaba de nuevo en cinta.

### VIII

Sólo una cosa amenazaba su dicha: los celos; celos que Lisa rechazaba, que no los dejaba asomar; pero por los cuales padecía con frecuencia. No solamente no podía Eugenio amar a nadie, porque no existía en el mundo ninguna mujer digna de él (ella no se preguntaba

si ella misma era o no era digna de él); sino que ninguna mujer podía atreverse a amarle. Todo iba bien. Vivían en el campo, solitos. Hasta la suegra, que turbaba algo su tranquilidad, se había ido; la única que venía y se quedaba semanas enteras en su casa era María Paulovna, con quien Lisa se llevaba muy bien. Su vida era de las más felices y agradables. Los trabajos de Eugenio iban admirablemente; la salud de Lisa, a pesar de su estado, era excelente; los vínculos entre ambos cónyuges estrechábanse más y más, sin obstáculo alguno.

Su vida estaba regulada del modo siguiente: Eugenio se levantaba muy temprano, e iba a los campos o a la fábrica. A eso de las diez volvía para tomar el café en la terraza, en donde le aguardaban María Paulovna, Lisa y un tío que vivía con ellos. Después de una conversación que a menudo era animadísima durante el café, separábanse hasta la hora del almuerzo y cada cual se ocupaba a su manera, ya leyendo, ya escribiendo, ya en cualquier otra cosa. Luego daban un paseo a pie o en coche. Por la tarde, cuando Eugenio volvía del despacho, tomaban el té; y a veces, se hacía alguna lectura en voz alta, hasta muy tarde; Lisa trabajaba o ejecutaba música, o se conversaba

cuando iban algunos amigos. Si Eugenio tenía que ausentarse por sus negocios, recibía a diario carta de su mujer. A las veces le acompañaba ella y efectuaban un viaje alegre. Cuando él o ella celebraban su fiesta, reunían invitados, y daba gusto ver cómo sabía Lisa arreglar todo de manera que todos estuvieran contentos. Eugenio oía y veía que todos admiraban a su joven y encantadora esposa, y la amaba más aún.

Todo iba bien. Lisa soportaba fácilmente el embarazo, y, aunque tímidamente, comenzaban ambos a hacer proyectos acerca de la educación del futuro nene. Eugenio decidía el modo y los métodos de educación. La misma Lisa no deseaba más que una cosa: obrar conforme a la voluntad de su marido. Comenzó Eugenio a leer muchos libros de medicina, y prometíase criar al hijo con todas las reglas de la ciencia. Como es natural, la mujer aprobaba y estaba pronta a todo. Así llegó el segundo año de matrimonio, su segunda primavera.

## IX

Era la víspera de la Trinidad. Lisa estaba en el quinto mes de embarazo, y aunque tomaba grandes precauciones,

estaba contenta y agitábase mucho. Las dos madres, la de Lisa y la de Eugenio, que vivían con ellos so pretexto de velar por Lisa, no hacían sino enojarla con sus disputas. Eugenio se cuidaba con particular ardor de un nuevo cultivo de la remolacha, en gran escala.

Al acercarse la fiesta de la Trinidad, Lisa decidió proceder a una gran limpieza en la casa, pues no la habían hecho desde Pascua, y para ayudar a sus criados mandó venir dos interinas para que lavasen los suelos, ventanas y muebles, sacudir alfombras y poner las fundas. Por la mañana temprano, vinieron ambas mujeres a preparar los cubos de agua, y empezaron a trabajar. Una de ellas era Stepanida, que acababa de destetar a su hijito, y que, por un empleado, hizo que la llamaran: quería ver de cerca a la nueva señora. Stepanida vivía como antes, sin su esposo, y, como antes también, hacía travesuras con Danilo, que la había sorprendido un día robando leña, luego con el amo y después con un joven empleado de la oficina.

Stepanida no pensaba ya en el amo. «Ahora tiene a su mujer, se decía; pero me gustará ver a la señora y su instalación: dicen que tienen una casa muy bien puesta».

Eugenio no la había vuelto a ver des-

de que la encontró con el niño. No trabajaba ella a jornal, puesto que tenía que cuidar del hijo, y Eugenio iba rara vez al pueblo.

Aquel día, víspera de la Trinidad, levantóse Eugenio a las cinco de la mañana y fué al campo, en donde debían echar fosfatos. Salió de casa antes de que entrasen en ella las mujeres. Pero éstas se hallaban en la cocina, junto al horno de calentar el agua.

Feliz, contento y con mucho apetito, volvió Eugenio para almorzar. Apeóse del caballo cerca de la puerta de los carros, y dejando su cabalgadura al jardinero, que pasaba por allí, encaminose a la casa, golpeando con la fusta la crecida hierba y repitiendo una frase, cosa que le sucedía con frecuencia. La frase que repetía era esta: «Los fosfatos darán.» ¿Qué? ¿A quién? No pensaba en ello.

En el patio zurraban las alfombras. Todos los muebles estaban afuera. «¡Dios mío, qué limpieza hace Lisa! Los fosfatos darán. ¡Vaya una buena ama de casa! ¡Sí, muy buena!» decía para sí; y representóse la rápidamente con bata blanca y con aquel rostro radiante de dicha que tenía ella, siempre que él la miraba. «Sí, tengo que mudarme de botas, si no... los fosfatos producirán, es decir, que olerá a estiércol, y la

patrona se halla en tal estado... ¿Por qué está así?... Sí, allí crece un nuevo Irtenieff chiquito, pensó. Sí, los fosfatos darán.» Y sonriendo a sus pensamientos, empujó la puerta de su cuarto. Pero en el mismo instante, abrióse la puerta, tirada desde dentro, y Eugenio se encontró cara a cara con una mujer que de allí salía con un cubo en la mano, la falda arremangada, descalza y con las mangas recogidas. Apartóse para dejar paso a la mujer. Ella también se apartó, arreglándose con la mano mojada la toquilla, que se le caía.

—Sigue, sigue. No pasaré si...—empezó a decir Eugenio; pero calló de pronto: la había conocido.

«¡Vaya una bromal! ¿Qué significa esto? ¡No es posible!» pensaba Eugenio frunciendo las cejas y ahuyentando con la mano, como a una mosca, una idea importuna, descontento de haberla visto; y, al mismo tiempo no podía apartar los ojos de su cuerpo, mecido por su andar resuelto, de sus pies descalzos, de sus brazos, de sus hombros, de los graciosos pliegues de la falda levantada por cima de las blancas pantorrillas.

«¿Pero ¿por qué miro?» dijo para sus adentros, bajando la vista para no verla. «Sí, a pesar de todo hay que entrar y coger otro calzado». Encami-

nóse al cuarto; pero, apenas había dado cinco pasos, cuando, sin saber él mismo cómo, por qué fuerza, se volvió para verla una vez más. Ella daba vuelta a la esquina, y en el mismo momento, tornóse también hacia él. «¡Oh! ¿qué estoy haciendo?» pensó Eugenio. «Tal vez crea... ¡Sí, seguramente lo había creído ya!»

Entró Irtenieff en el cuarto mojado. En él estaba lavando una mujer de edad, delgada. Por entre los fangosos charquitos, Eugenio fué de puntillas hasta la pared, y allí se quitó las botas. Iba a saber cuándo salió también la mujer. «Esta se va y la otra, Stepanida, vendrá sola.» empezó a razonar alguien en él.

«¡Dios mío! ¡En qué he ido a pensar! ¡Qué estoy haciendo!» Cogió las botas, y con ellas en la mano, corrió al vestíbulo, las dejó allí, sacudióse el polvo y salió a la terraza en donde estaban ya ambas mamás tomando café. Era evidente que Lisa le esperaba, pues apareció por otra puerta en la terraza al mismo tiempo que él. «¡Dios mío! ¡si ella supiera! —pensó Eugenio— ¡ella que me cree tan honrado, tan puro, tan inocente!»

Como siempre, Lisa le vió con el rostro radiante. Pero aquel día ella le parecía a él sumamente pálida, amarilla, luenga y débil.

Durante el café, desarrollóse, como sucede a menudo, esa conversación peculiar de las mujeres, de la que está desterrada toda lógica, pero que, no obstante, está ligada por alguna cosa, ya que se prolonga sin interrupción. Las dos consuegras se atacaban irónica e indirectamente, y Lisa, con gran habilidad, procuraba amortiguar los golpes.

—Siento —dijo a su marido— que no hayan terminado tu cuarto antes de que volvieras. Tengo muchas ganas de que todo quede bien arreglado.

—¿Y tú? ¿Has dormido desde que me fuí?

—Sí, he dormido. Me encuentro muy bien.

—¿Cómo puede hallarse bien, en semejante estado, una mujer, con este calor insoportable, teniendo dos ventanas al sol, y sin cortina ni toldo? —dijo Bárbara Alexievna, la madre de Lisa.—En mi casa, nunca faltan toldos.

—Es que aquí, hay sombra desde las diez de la mañana—objetó María Paulovna.

—Por eso hay calenturas... la humedad...—dijo Bárbara Alexievna, sin notar que eso era todo lo contrario de lo que antes decía.—Mi médico dice siempre, que no puede definirse la enfermedad sin conocer el temperamento del enfermo, y sabe lo que dice, puesto que es el primer doctor y le pagamos cien rublos. Mi difunto era opuesto a los médicos; pero, tratándose de mí, nunca reparaba en gastos.

—¿Cómo habría de escatimar un hombre, cuando tal vez depende de ello la vida de su mujer y de su hijo? Sí, cuando se tienen medios, la mujer puede ser independiente del marido.

—Una buena esposa obedece a su marido—dijo Bárbara Alexievna;—pero Lisa está aún demasiado débil, desde su enfermedad.

—No, mamá; me siento muy bien. ¿No le han dado a usted aún la leche cocida?

—No me hace falta. Me basta leche fresca.

—Yo se la he ofrecido a Bárbara Alexievna y no la ha querido—dijo María Paulovna, como para justificarse.

—No; no la quiero.

Y, como para poner fin a una conversación desagradable, cediendo magnánimamente, Bárbara Alexievna, preguntó a Eugenio:

—¿Han puesto ya los fosfatos?

Lisa fué en busca de leche.

—¡Si no quiero! ¡no quiero!

—¡Lisa! ¡Lisa! ¡No corras así!—gritó María Paulovna.—Esos movimientos son muy malos para ella.

—Nada hay malo si se tiene tranquilidad moral—declaró Bárbara Alexievna, semejando aludir a algo, aunque ella misma sabía que a nada podían hacer alusión sus palabras.

Volvió Lisa, trayendo la leche.

Eugenio estaba tomando café, y escuchaba taciturno. Aunque acostumbrado a semejantes conversaciones, irritábase de modo particular la violencia de lo que oía. Quería meditar sobre lo que pasaba, e impedíasele aquella charla. Bárbara Alexievna se marchó malhumorada, así que hubo terminado el café. Al quedarse solos Eugenio, Lisa y María Paulovna, la conversación se tornó sencilla y agradable. Pero muy intuitiva por el amor, pronto notó Lisa que alguna cosa atormentaba a Eugenio, y preguntóle si le había sucedido algo desagradable. No estaba él preparado para tal pregunta y embrollóse un tanto al responder que nada le había ocurrido. Esta respuesta hizo que Lisa reflexionase aún más. El hecho de que algo le atormentaba, y mucho, era para ella tan evidente como el de que acababa de

caer una mosca en la leche. Pero Eugenio no quería decir lo que tenía. ¿Qué sería, pues?

## XI

Después del desayuno, separáronse todos. Eugenio fué, como de costumbre, a su despacho. No leyó ni escribió cartas, sino que empezó a fumar cigarro tras cigarro, reflexionando. Lo que le extrañaba y entristecía horriblemente era el mal sentimiento que se había manifestado inopinadamente en él, y del cual se creía libre desde su boda. En efecto, desde entonces nunca tuvo ese sentimiento, ni por Stepanida ni por mujer alguna, salvo la suya. Varias veces habíasele regocijado el alma por aquella liberación, y he aquí que, de pronto, por casualidad, reaparecía y le revelaba que no estaba exento de él. Atormentábale ahora, no la nueva invasión de ese sentimiento ni el deseo—en que ni siquiera quería pensar,—sino el ver que vivía en él y que había que tener cuidado. En su alma no había duda alguna acerca de la victoria sobre dicho sentimiento.

Tenía que escribir una carta y redac-

tar un documento. Sentóse ante la mesa de escritorio y empezó a trabajar. Terminada su labor, y habiendo olvidado por completo lo que antes le turbara, salió para ir a la cuadra; y de nuevo, cual hecho expresamente o debido a triste casualidad, apenas hubo salido a la escalerilla exterior, apareció la de la falda y pañoleta encarnadas, y moviéndose y contoneándose, pasó delante de él. No sólo pasó, sino que corrió hasta dejarlo atrás, como si jugase con él, y unióse a su compañera. Otra vez acudieron a la imaginación de Eugenio el brillante mediodía, las ortigas, Danilo, la choza del guarda campestre y, a la sombra de los plátanos, la risueña boquita que mordiscaba las hojas.

«No; esto no puede quedar así» pensó Eugenio, y después de esperar que entradas las mujeres hubieran desaparecido de su vista, trasladóse al despacho. Eran las doce en punto, y esperaba hallar allí al gerente. Allí estaba. Acababa de despertarse. Desperezábale bostezando y miraba al guardador del ganado, que le estaba hablando:

—¡Vassili Nikolaievitch!

—¿Qué desea usted?

—Tengo que hablarle.

—A sus órdenes.

—Primero, acabe usted.

—¿No podrás traerlo?—preguntó Vas-